

la regla: fugas de conventos, tratos comerciales, extraños manejos de dinero proveniente de la producción minera de un tráfuga arrepentido, las visitas y el hospedaje en casas de parientes y amigos, entre otras conductas reprobadas, oscurecieron el ya dubitativo prestigio de los miembros de la orden.

No fatigaban ya sus horas a favor de una grey nativa dócil a la palabra de Dios. La experiencia enseñó a los frailes que la idolatría era

persistente, que los catecúmenos de las misiones eran amenazados por los colonos, que los indios cristianos de los pueblos podían ser igualmente leales al fraile que al clérigo diocesano. Los franciscanos del Siglo de las Luces tuvieron que defenderse; los implacables sitiadores no les eran extraños: se trataba de las autoridades civiles y religiosas, de los propietarios de ranchos y haciendas, de los hombres del siglo. De muchas formas fueron orillados a la relaja-

ción, en general más como mecanismo de supervivencia que por debilidad vocacional. Este libro de José Refugio de la Torre da ejemplo de la paradoja en la historia —para tomar la idea de Nicola Chiaramonte: a los franciscanos, que hicieron de la pobreza disciplina y orden, fundamento de la vida en comunidad y obediencia a la regla, los hundió el otro tipo de pobreza, la no asumida sino obligatoria, la que les impidió seguir adelante.

San Ángel obrero

Eduardo Flores Clair

Mario Camarena Ocampo, *Jornaleros, tejedores y obreros. Historia social de los trabajadores textiles de San Ángel (1850-1930)*, México, Plaza y Valdés 2001, 202 pp.

Nuestro imaginario ha sido alimentado con toda puntualidad por añejas tradiciones. Para muchos habitantes de la ciudad de México, desde siempre, en San Ángel se respira un aire aristocrático; por su arquitectura colonial, por sus calles y plazas que conservan un ambiente pueblerino, sus iglesias y conventos que producen una atmósfera mística y porque el rumbo del pedregal, hace algunos años, fue residencia de nobles, burgueses y políticos. Carlos Mijares Bracho, estudioso de la arquitectura y autor de *San Ángel*, (Clío, 1997), escribió: “San Ángel puede leerse como un concierto para orquesta de cámara que se toca y escucha en un escenario privilegiado.” En esa exclusiva sala, la música de las máquinas de la industria textil y

sus intérpretes los obreros tuvieron un lugar muy destacado. Como escribió Cabrera Infante respecto de La Habana, “el hombre no creó la ciudad, más bien la ciudad creó al hombre y sus costumbres”.

Mario Camarena Ocampo cierra con este libro, después de dos décadas, una serie de estudios dedicados a la historia de la formación de la clase obrera textil del valle de México. Su estudio se basa en una documentación copiosa, una revisión de periódicos obreros, una extensa bibliografía y testimonios orales, que reflejan el imaginario de los informantes y siembran dudas en el lector por la sorprendente precisión de su memoria. El autor nos ofrece una novedosa historia de los orígenes y formación de la clase obrera textil, en un espacio en el que convergen la vida urbana y la rural de la ciudad de México.

No se puede pasar por alto que San Ángel tiene una profunda raíz fabril que data de los primeros años de la conquista española. Ahí se instalaron los primeros molinos y obra-

jes con el fin de aprovechar la fuerza de las aguas del río Magdalena. En forma paulatina, en su entorno se fue consolidando un mercado de trabajo y una población adiestrada en las labores fabriles. Durante el siglo XIX, la instalación de fábricas dedicadas a la elaboración de papel y productos textiles crearon un nuevo paisaje; las viejas instalaciones coloniales se adaptaron y se construyeron otras naves industriales. Como afirma el autor: “poco a poco, lo que al principio fueron pequeñas islas impusieron su presencia convirtiéndose en un importante conglomerado industrial”.

A lo largo del libro, Mario Camarena, en forma reiterada, señala que su objetivo es contar la historia de los hombres y mujeres de carne y hueso; sujetos históricos reales que vieron transcurrir su vida entre las labores del campo, el taller artesanal y las fábricas. Otro de sus objetivos es alejarse lo más posible de la historiografía obrera tradicional, aquellos estudios cuya interpretación tienen un marcado carácter esquemático

y siguen un modelo explicativo convencional o "economicista": inversión más fábrica igual a clase obrera. En este sentido, también se deslinda de las investigaciones dedicadas en forma exclusiva al "movimiento obrero", es decir aquellas que privilegian la participación política (o más bien huelguista) de los obreros y que al no encontrar el germen revolucionario entre sus filas, "han sido bautizadas de falsa conciencia o inmadurez de clase y de esa manera se desechan al basurero de la historia". El enfoque que sigue este trabajo es el de la historia social, poniendo énfasis en la "experiencia humana" y analizándola en distintos niveles: "el origen de los obreros, los hombres en las fábricas, los trabajadores y sus posiciones políticas, los trabajadores y los conflictos y las organizaciones laborales".

Según se desprende de la lectura, la formación de la clase obrera en San Ángel, en la rama textil, fue resultado de un largo proceso durante el cual las prácticas de la comunidad sufrieron una serie de tensiones de carácter cultural entre el pasado y el presente. A partir de las expectativas y experiencias cotidianas de estos pobladores, campesinos-artesanos-obreros, se edificó su identidad de clase. Mario Camarena señala que en el lapso de un siglo, 1830-1930, "los obreros transformaron sus relaciones sociales y culturales en donde la experiencia rural y artesanal fue incorporada a la experiencia fabril y adquirió un carácter clasista".

A partir de las relaciones y acercamientos que estableció la población de San Ángel con las labores y la propiedad agraria, el autor propone una periodización que le permite explicar la historia de esta clase obrera. De hecho considera que existieron dos grandes periodos divididos por el "parteaguas" del año 1900. El primero comprendió de 1830 a 1900, años en que conviven,

de forma muy pacífica, el mundo agrario y el "preindustrial". Cabe señalar que en distintos apartados del libro e incluso en el título existe ambigüedad para precisar dicho periodo, a veces se menciona 1850 y en otras 1830. El segundo periodo iba de 1900 a 1930 y el autor lo denomina "obreros de segunda generación". Es posible que ese término se emplee sólo en forma metafórica, pues con toda seguridad el primer periodo había visto a varias generaciones de trabajadores. Pero lo más importante es que durante estos años, los obreros quedaron ligados a la producción fabril y sufrieron el tránsito de "una cultura agraria y artesanal a una cultura obrera".

En el primer periodo, uno de los principales protagonistas de esta historia fue el "maestro", quien tenía un origen y formación artesanal, controlaba el proceso de trabajo, gozaba de las mejores condiciones laborales, recibía los ingresos más altos, guardaba los secretos de la profesión, era un líder en la cotidianidad. Además de enseñar el oficio, el maestro tenía la obligación con sus subordinados de "instruirlos moral, económica y socialmente". De este modo, la fábrica se convirtió en una casa de disciplina, organizada en forma jerárquica y con un mando vertical. En las fábricas reinaba una clase patronal abusiva y paternalista, que se inmiscuía hasta en los ámbitos más íntimos de la vida de los trabajadores, tales como la elección de pareja, la forma de vestirse, el aseo personal e incluso la manera de hablar. Sin embargo, el control social se modificó durante el segundo periodo, debido, principalmente, a la transformación tecnológica, la modernización administrativa, la reorganización del trabajo, la creación de nuevos puestos de dirección y el cambio en las relaciones de poder. En esta etapa, las relaciones laborales sufrieron un vuelco. Edward

P. Thompson señala que "el capital es mucho más exigente y refinado en sus gustos que el cerdo, sólo seleccionará al trabajador industrioso y obediente y rechazará a todos los demás".

El libro de Mario Camarena dirige, casi sin darse cuenta, una mirada original a uno de los problemas más complejos de la sociedad mexicana del siglo XIX, nos referimos al proceso de distanciamiento entre la esfera de la religión y la civil. Como ha demostrado la historiografía, en la época colonial ambas esferas se encontraban estrechamente vinculadas y sus espacios no estaban delimitados. Sin embargo, a lo largo del siglo XIX, la sociedad, a pesar de enfrentarse a una fuerte oposición conservadora, logró construir las fronteras entre los asuntos religiosos y civiles. Según el autor,

cada fábrica tenía sus propias reglas, ritos, estatutos, constitución de fondos y autoridades para el culto al santo patrono [...] La fe religiosa influyó en el ritmo y las labores al interior de los departamentos de las fábricas y los talleres artesanales, impulsando una forma de moralidad del trabajo.

En el terreno de los conflictos laborales, más allá de las demandas reivindicativas para mejorar las condiciones de trabajo, los obreros de San Ángel lucharon por sus derechos ciudadanos. Exigieron libertad, igualdad, tolerancia, solidaridad, respeto a las costumbres y aplicación de la justicia. De este modo los obreros defendieron todos aquellos aspectos relacionados con el "bien común", como el calendario religioso, el buen trato, el respeto a la dignidad, la retribución justa, la seguridad laboral y entre otras la "armonía dentro de la empresa". Como dice Fernando Escalante, estudioso de las

prácticas políticas en el siglo XIX, “la ciudadanía es el eje de un modelo moral que exige que el estado responda a la Voluntad General —o a un consenso formado por el público—, y que impone la obediencia como contribución al Bien Común”.

Podemos decir que Mario Camarena nos muestra a unos *Jornaleros, tejedores y obreros* que, cuando menos a lo largo del siglo XIX, fueron muy bien portados, obedientes, respetuosos, fieles a sus patrones, que combinaban el trabajo de su propiedad agraria con las labores fabriles; la gente que “vivía de lo obtenido de las empresas era una minoría”. Desde nuestra óptica y en los aspectos políticos, dichos obreros actuaron como las bases orgánicas de los partidos que se identificaron con los postulados de la democracia cristiana. Este tipo de hipótesis puede ser muy polémica,

ya que, hasta ahora, los estudiosos de la clase obrera decimonónica se han empeñado en explicar que las fuentes de inspiración habían sido el socialismo y el anarquismo. Por eso pensamos que este texto arroja luz sobre una nueva vía de interpretación; es indispensable investigar más a fondo.

Resta decir que la industria textil fue pionera en la incorporación de grandes contingentes de mujeres. En el libro son múltiples las menciones que se hacen de ellas, pero nos hubiera gustado que se les dedicara un apartado. Es fácil imaginar que dicha situación generó una cultura particular en la comunidad textil. Con toda seguridad, las familias sufrieron modificaciones en su organización interna y los roles desempeñados por cada uno de sus miembros. La participación de la mujer les proporcionó un lugar en la toma de deci-

siones de las políticas públicas. Las fábricas fueron espacios compartidos por hombres y mujeres; de manera cotidiana, hombro con hombro, en igualdad de circunstancias ponían su mejor esfuerzo para cumplir con sus tareas. Ambos estaban sometidos a una férrea disciplina. A pesar de los años, las condiciones laborales habían cambiado mucho. Por ejemplo, una trabajadora textil le confesó a Virve Piho, autora de *La obrera textil* (UNAM, 1974):

Me duelen mucho los pies por estar todo el día parada. Y aunque me pudiera sentar un ratito mientras los hilos se están devanando, esto no está bien visto por la empresa. Dicen que uno es flojo. Cuando estoy a destajo, me estoy matando en el trabajo y cuando estoy por día, me están vigilando todo el tiempo, así que sale igual.

Paradojas en la política de asilo cardenista

Pablo Yankelevich

Daniela Gleizer Salzman, *México frente a la inmigración de refugiados judíos 1934-1940*, México, INAH/Fundación Eduardo Cohen, 2000, 202 pp.

De tomar en cuenta la generosa conducta del gobierno de Lázaro Cárdenas frente a los republicanos españoles, se podría pensar que ese mismo gobierno mantuvo una política similar para con todos los perseguidos europeos; sin embargo, el libro de Daniela Gleizer ha venido a demostrar que el sexenio cardenista exhibe muchas más sombras que

luzes, por lo menos en el caso de los judíos acosados por el nazismo.

Sobre la base de irrefutables hallazgos documentales, la autora estudia la manera en que se combinaron los prejuicios raciales con una muy restrictiva política migratoria puesta en marcha a raíz de la crisis mundial de 1930. Como consecuencia de esta crisis que devolvió al país a millares de connacionales expulsándolos de Estados Unidos, la Secretaría de Gobernación, en defensa de un ya limitado mercado de trabajo, estableció cuotas migratorias de acuerdo con las nacionalidades de los potenciales inmigrantes. A la sombra de las llamadas “tablas diferen-

ciales” que, publicadas anualmente, fijaban el número de extranjeros que serían admitidos en México, se fueron colando conductas xenofóbicas contra grupos y comunidades de extranjeros; entre éstos, un lugar destacado lo ocuparon los judíos, resultado de un ambiente donde las políticas antijudías iban en aumento a partir del ascenso del nazismo al poder en 1933.

Y esta política antijudía fue teniendo ámbitos gubernamentales, desde donde se tomaron decisiones que apuntaron en dirección opuesta a las muy conocidas posturas antifascistas de la política exterior del cardenismo. Gleizer exhibe docu-